



Laurie Piña (1953-2018)
© Gerardo Piña-Rosales

LAURIE, VIDA DE MI VIDA

“¿Y si no hubiera estado lloviendo aquella tarde en Granada?”, me he preguntado muchas veces, a sabiendas de que no hay respuesta posible: nuestras vidas están gobernadas por el destino, ora propicio, ora funesto. Y siempre, siempre, inexorable.

Soy un hombre de suerte. Lo fui desde que aquella tarde septembrina de 1973, al salir de la universidad, te vi caminar bajo el aguacero y me acerqué a ti. Eras de Nueva York, y habías venido a España a seguir tus estudios de lengua y literatura españolas. Nos refugiamos de la lluvia en una cafetería de la plaza de Bibarrambla. Cuando me comentaste que en clase estabais leyendo a Jorge Manrique, te recité de memoria algunas estrofas de las Coplas. Y aquello te impresionó. Yo me dije: “La conquisté”. A mí me conquistaron tu sonrisa y tu inteligencia. Ya hablabas un español rico, de sintaxis impecable y con un acento cantarín, más hispanoamericano que peninsular. La verdad es que no creo que mi inglés macarrónico te impresionara mucho.

Aquel año de 1973 fue para ambos un *annus mirabilis*: visitas a la Alhambra, al Generalife, al Campo de los Mártires, al Albaicín, a Sierra Nevada, a los pueblecitos de las Alpujarras... ¿Recuerdas, mi amor, aquel concierto de Herbert Von Karajan, en el Palacio de Carlos V, durante los Festivales de Música y Danza? Más de una tarde la pasábamos charlando en el Café Suizo. Me hablabas de tu madre Rose Anne, de tu padre William, de tu hermana Wendy, de tu hermano Mitchell; de tu abuela y tíos; de tus amigos: de Vicki, de Harriet, de Sandy, de Fay; de tus estudios de piano y de español. Y yo te hablaba de mi vida en Tánger con mi familia, con mis amigos, de mi pasión por la literatura, por la fotografía, por la guitarra, por el flamenco.

Y así, día a día, comenzamos a conocernos, a querernos. Esas Navidades supe que cuando el curso acabara te seguiría a Nueva York.

Y así fue. Al terminar el verano, me embarqué en el Michelangelo, un transatlántico que venía de Génova y recalaba en la bahía de Algeciras. Y un 19 de octubre arribé al puerto de Nueva York. El 25 de mayo del 74 nos casamos. Tenías 20 años y yo 24.

Vivimos siete años en Queens. Tú encontraste muy pronto un puesto de traductora en una empresa de exportación, mientras yo pude seguir, gracias a tu trabajo, mis estudios en el Queens College. Y todos esos años estuviste ahí, alentándome, ayudándome en todo. Recuerdo una tarde que desde el autobús que me llevaba al Graduate Center te vi caminar, airoso y galana, hacia tu oficina en la calle 34. Tu pelo, largo y ondulado, lanzaba destellos de fuego. Se me saltaron las lágrimas de alegría, de orgullo, de amor. En ese momento presentí que aunque pasaran mil años jamás olvidaría esa imagen.

Y no la he olvidado.

El corazón atesora momentos que la memoria olvida.

En 1985 nuestra hija Mariel. Pocos días tan felices como aquel. Lástima que al poco tiempo falleciera tu padre, con 57 años. La alegría y la tristeza. Nacer y morir. El destino, siempre el insondable destino.

Ese mismo año me doctoré. Nuestra hija creció feliz y nosotros fuimos más felices todavía. Cómo olvidar aquella casa de Monsey, rodeada de cedros, abetos y abedules, aquella casa —aquel hogar, aquel refugio— con nuestros gatos y nuestros libros, donde vivimos dichosos durante treinta años.

¡Con qué ilusión seguías los triunfos académicos y deportivos de Mariel!

¡Cómo corriste hasta su High School para darle la noticia de que había sido aceptada para estudiar nada menos que en la Wesleyan University! ¡Y cuán orgullosos y contentos nos sentimos cuando se graduó!

Y entonces la vida nos regaló otra hija, Eva, la compañera, la esposa de Mariel, a quien tanto querías. Siembra amor y cosecharás amor multiplicado.

Hace tres años, nos mudamos a Valley Cottage, a una hermosa casa entre grandes arcos y olmos centenarios, zarzamoras y brezos, junto a un riachuelo al que acuden a beber los ciervos y las ardillas. Para nuestro 45 aniversario te regalé una cajita de plata con la siguiente inscripción: “No hay mayor felicidad en el mundo que la de

envejecer juntos”. Pero el destino, ciego, brutal, inmisericorde, no lo quiso así.

Para mí (y para todos los que la conocieron), decir Laurie, es decir bondad; para mí, decir Laurie, es decir ternura; para mí, decir Laurie, es decir generosidad; para mí, decir Laurie, es decir honradez; para mí, decir Laurie, es decir inteligencia; para mí, decir Laurie, es decir amor.

Lo dije al principio: ¡soy un hombre de suerte! Gracias, gracias, amor mío, gracias por haber compartido tu vida conmigo, por haberme apoyado en todo, por haberme regalado cada día el candor y la belleza de tu sonrisa.

Mi vida, ahora, no es más que una sombra de lo que fue. Solo es muerte el olvido.

Vivirás en mí, en mi espíritu, en mi sangre, hasta mi último aliento.

Tu Gerardo